

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Todo se desarrolla distinto que lo esperado – Hch. 12
(14 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Todo se desarrolla distinto que lo esperado – Hch. 12 (14 días)

Día 1

Hch. 11:24-30

Un vistazo retrospectivo

En el capítulo 11 el evangelista Lucas narra entre otras cosas, la reacción de las iglesias por la conversión de Cornelio, el centurión romano, de su familia y de los allegados de su casa, por medio de Pedro. En la iglesia en Jerusalén no lo festejan como un brillante héroe de la fe, sino que él debía justificar sus acciones. A ojos de la iglesia en Jerusalén, Pedro había traspasado los límites del judaísmo cristiano, bautizando a paganos (v.1-3).

Pero él se mantuvo sereno. Dios mismo le había impulsado en esta dirección y realizado así Sus propósitos. El suceso era tan extraordinario que de ninguna manera podría haber sido el fruto de estrategias humanas. Poco a poco los hermanos lo comprendieron: “Entonces oídas estas cosas, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!” (v.18).

Además leemos lo que pasaba en la primera iglesia en Antioquía. Las casas de los discípulos de Jesús se llenaban con hombres y mujeres de esa gran ciudad portuaria. Ellos estaban conmovidos por el nuevo y grandioso mensaje: Jesús, el Hijo de Dios, por amor a la humanidad ha llevado el pecado de todo el mundo, también el mío, y dejó que lo mataran. Nunca antes alguien se había levantado de entre los muertos como ese Jesús de Nazaret. ¡Qué evangelio!

Bernabé y Saulo estaban muy ocupados, predicando, enseñando y organizando. Allí en Antioquía “a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez” (v.26).

Una gran hambre hizo sufrir a las iglesias en Jerusalén y toda la zona. Por eso los cristianos de Antioquía juntaron ofrendas con gran generosidad y mandaron el dinero por medio de Bernabé y Saulo a Jerusalén. Ellos entregaron la donación a los ancianos. ¡Ni soñando se podían imaginar lo que iban a experimentar desde ahora en adelante! (Lee Sal. 37:16-26.)

Día 2

Hch. 12:1.2; Ef. 5:15.16

Nubes oscuras

Hay historias muy emocionantes mezcladas de odio y amor, avaricia, astucia y malicia. Por cambios inesperados, continuos favores o pérdidas y cambios de dirección una y otra vez, se origina una tensión. Recién al final se ve quién ganó o perdió.

Con el capítulo 12 de los hechos comenzamos a considerar la historia más emocionante de todo el libro de los hechos de los apóstoles. Todo se desarrolla distinto a lo esperado.

“En aquel mismo tiempo”, para la iglesia al comienzo era un tiempo bueno. Saulo se había entregado a Cristo. La primera ola de persecución se había calmado. “Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hch. 9:31).

Entonces aparece como una nube oscura un rey Herodes. Automáticamente uno conecta ese nombre con la matanza de los niños de Belén (Mt. 2:1-9.16-18). Ese Herodes* tenía el sobrenombre “el Grande”. Él era grande respecto a su actividad en arquitectura y sus logros políticos, pero “pequeño” y muy peligroso por su desconfianza y brutalidad, que no reconocía ni aún a sus parientes.

“Nuestro” Herodes es nieto de Herodes el Grande y toma el gobierno de Israel llamándose Herodes Agripa I.** Los judíos lo despreciaban como a todos los de la familia herodiana. Para congraciarse él mata a Jacobo, uno de los más importantes líderes de la iglesia. Como lo leemos en pocas palabras, esa matanza debe de haber sido muy repentina.

Recién todos se alegraban por el crecimiento de la iglesia y ahora están consternados por este ataque brutal. La “manada pequeña” de Jesús (Lc. 12:32) siempre está en peligro. (Lea Ef. 6:10-17.)

*alrededor de 73 a.C. hasta 4 d.C.

** 10 a.C. hasta 44 d.C., él gobernaba en Israel por 7 años.

Día 3

Hch. 12:3; 1.Ts. 4:1

Aplauso de todos

Si al público le agrada la puesta en escena de una obra de teatro o el discurso de un orador, lo demuestra con gran aplauso. Cuando Agripa I. había matado a un líder de la iglesia, experimentó que “esto había agradado a los judíos”. Él había logrado su propósito.

Nosotros usamos a veces la expresión: presuntuosidad. El procurar y añorar el aplauso de la gente destruye la personalidad como una droga. Los sociólogos lo llaman: vivir hacia afuera. Querer agradar a las personas que son importantes para nuestra carrera, en cuya presencia ganamos importancia. Este “veneno dulce” lo añoran no solamente los “grandes”.

Satanás, el gran engañador y productor de veneno, nos rodea continuamente para tentarnos. En nuestra Biblia encontramos exhortaciones serias, de no probar de esa “fuente de miel”. Por ejemplo en 1.S. 15:13-26. Aquel que amarró su vida a Jesucristo se preocupará “cómo agradar al Señor” (1.Co. 7:32).

“... no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres” (Ef. 6:6.7).

El rey Agripa I. se dio cuenta que el haber matado a Jacobo fortalecía su fama y su poder. Por eso también se ocupó de Pedro y lo encarceló. “Eran entonces los días de los panes sin levadura”, entonces era tiempo de la pascua. Esto frenaba a Agripa de matarlo en seguida. Él debe procurar aparentar hacia afuera que guarda la ley. Su actitud interior y la exterior no concuerdan. Este engaño fue descrito por el Señor Jesús en forma muy drástica, no solo para los maestros de la ley: Mt. 23:27.

Día 4

Hch. 12:4.5

(In-)seguridades

¿Qué sabía Agripa I. de Jesús y sus seguidores? Su tío Herodes Antipas* había tenido un encuentro personal con Jesús y le podría haber comentado algunas cosas: Lc. 23:6-12. Antipas adquirió su triste fama por la ejecución ilegal de Juan el Bautista (Mt. 14:1-12). Jesús le da un nombre poco halagüeño: Lc. 13:31.32. Todo lo que había acontecido en aquel tiempo, “no se ha hecho en algún rincón” (Hch. 26:26).

Por eso Agripa I. actuó con diligencia. Él mandó custodiar a Pedro con 16 soldados, todo el tiempo. Cuatro soldados le custodiaban a la vez por seis horas. Agripa intentaba cubrir su inseguridad con un concepto costoso de seguridad.

La situación para la joven iglesia era muy difícil. Con mucha astucia el poder político se apoderaba de los líderes. Una manada sin pastor es presa fácil, así era el cálculo.

Esto experimentan en nuestro tiempo muchos creyentes en Sudán, en Siria, en China, en Corea del norte. Cada año se ejecutan alrededor de 160000 personas por su fe en Jesucristo. Aparentemente los enemigos de Cristo son más poderosos. Pero la iglesia está puesta sobre la roca, “y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. Esa promesa de Jesús (Mt. 16:16-19; comp. Ap. 1:17b.18) protege la iglesia desde hace más de 2000 años. Nunca logró el infierno prevalecer sobre la iglesia, por más que se esforzaba y se esfuerza y cuantos empleados tenía y tiene hasta el presente.

Herodes era uno de estos empleados. Él demostraba atrevidamente su poder. Pero existe otro poder distinto. Lo percibimos por la corta frase: “pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él (Pedro)”. Así se conducen los discípulos en las situaciones inseguras: ellos oran, pues “torre fuerte es el nombre de Jehová; a él correrá el justo, y será levantado” (Pr. 18:20).

*Un hijo de Herodes el Grande (gubernaba desde 4 a.C. – 39 d.C.)

Día 5

Hch. 12:6; Ro. 14:7-9

¡Buenas noches!

En la noche antes del juicio están dos soldados junto a Pedro en la celda y dos otros custodian la puerta. Entonces, no puede pasar nada. Esto espera el rey, también los guardias, esto espera la multitud que se alegra poder presenciar el juicio. Esto también espera el lector que no conoce el contenido de toda la historia. Pensando humanamente, Pedro no tiene ninguna posibilidad. Él realiza que no sobrevivirá el próximo día.

Hay muchos comentarios de cómo se comportan los presos en la celda de la muerte. Ahí de ninguna manera se puede dormir, hay mucha excitación, consternación y angustia.

Así podemos imaginarnos que Pedro caminaría de aquí hasta allí, sin descansar, que estuviera dictando las últimas palabras que afirman su inocencia y pidiera a su Señor la ayuda para poder morir dignamente.

Sin embargo Pedro duerme profundamente como un bebé. Aparentemente pierde la última noche de su vida durmiendo. Este hombre realmente tiene un buen sueño. Varias veces perdió horas importantes durmiendo: Cuando Jesús lo lleva a él y a los hermanos Jacobo y Juan al llamado “monte de la transfiguración”, leemos: “Pedro y los que estaban con él estaban rendidos de sueño” (Lc. 9:32). Algo parecido pasó en Getsemaní (Mr. 14:32.37-41).

En esta noche especial en la cárcel Pedro duerme atado con cadenas en la paja maloliente junto a los soldados. El secreto de esa noche es la oración. Pedro se ha entregado a su Padre celestial. Él toma de Su mano lo que acontecería. Humanamente pensando él está desamparado, visto espiritualmente le rodea toda la ayuda del mundo invisible. Probablemente él ha orado con voz audible. A pesar de estar preso por el poder político, él se ampara a sí mismo y a sus “hermanos soldados” con su oración nocturna en el corazón de Dios, quizás con el Sal. 4:1-8; 91:1-16.

Día 6

Hch. 12:7.8; Sal. 126:1-3

De ensueño: ¡libre!

De repente en la celda se hace una claridad como el mediodía. Un ángel despierta a Pedro y le da instrucciones precisas al soñoliento: “¡Levántate pronto, ponte los zapatos, no te olvides el cinto, ponte el abrigo y sígueme!”

Intentemos trasladar el suceso a nuestra vida: Atado en un rincón oscuro, esto podría ser una cárcel del dolor por una gran pérdida. O pensamientos de angustia, de amargura que nos tienen prisioneros. Las palabras de amigos no nos ayudan, sus oraciones parecen sin efecto. La vida parece no tener ningún sentido. Como en la noche que pasó Pedro, solo el cielo podría intervenir.

Entonces de repente llega una palabra de Dios, como un ángel, a las cavilaciones angustiantes, a la profunda depresión, al corazón vacío: “No temas, porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Is. 41:10; comp. Sal. 116:1-19).

Algo más es llamativo en esa escena en la cárcel: Cuando el ángel le dice al atado discípulo de Jesús: “¡Levántate pronto!”, en ese mismo momento las cadenas se cayeron. Dios no dará una comisión que no fuera posible de realizar. El ángel no dijo: ¡Tira fuerte de las cadenas y si se sueltan, sígueme! No, es muy distinto: “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:36; también v.31.32).

Nuestra parte es levantarnos obedientemente de la adicción al juego o a las drogas, del egoísmo en sus muchas facetas. No hay atadura que no se pueda soltar. Esto no es un sueño, sino el propósito de Dios. Jesús lo anunció: Lc. 4:18.19.

Día 7

Hch. 12:9-11; Sal. 4:3; 142:5-7

De ensueño: guiado

Pedro pensaba que estaba soñando. Él seguía al ángel sin dudar, se deja guiar (comp. Jn. 21:18). Pidamos una y otra vez que el Señor nos otorgue esa confianza en Su guía: "... Hazme saber el camino por donde ande, porque a ti he elevado mi alma. Líbrame de mis enemigos, oh Jehová; en ti me refugio. Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios; tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud" (Sal. 143:8-10).

El ángel pasa junto con Pedro al lado de los guardas. Nadie grita: "¡Pare! ¿Quién está ahí?" El gran portón de hierro se abre por sí solo. Pedro está libre. Al volver en sí, está solo en la calle. La liberación del ángel hizo nulas todas las expectativas de los enemigos (v.11). Todo era distinto de lo que se esperaba. Los guardas duermen, Pedro está despierto. Puertas que están bien cerradas, se habían abierto. El más custodiado hombre de Israel ha desaparecido. Cuando Dios interviene, las manos de los poderosos quedan vacías (comp. Dn. 3:16-18.24-28).

Pedro está libre. En cambio su colega Jacobo unos días antes fue asesinado. Dios permitió esto. En su primera liberación de la cárcel el ángel le decía lo que debía hacer (Hch. 5:17-21)*. Aquí en esa noche, no le dice nada, lo deja solo.

Nunca podemos encerrar el obrar de Dios en un sistema. Muchas veces experimentamos lo siguiente: Uno logra hacer carrera, otro ni encuentra un lugar para trabajar. En una familia todo parece perfecto, en otra acontecen problemas y accidentes uno tras otro. Uno después de una grave enfermedad se sana, y otro se muere. Los dos habían orado, y por los dos otros oraron. No podemos explicarlo. El propósito de Dios va mucho más allá de lo que nosotros podemos captar en el momento. Isaías en el cap. 54:7.10 nos anima a poner nuestra confianza en la guía perfecta de Dios.

*En Hch. 5 se trata de los apóstoles, entre los cuales también estaba Pedro.

Día 8

Hch. 12:12; Stg. 5:13-18

La oración de la iglesia

Pedro se orienta en la oscuridad. El chalet* de María, la madre de Juan Marcos, está bastante cerca. ¿Encontraré a esa hora avanzada a algunos de la iglesia? ¡Claro que sí! Ellos están juntos. Ellos están orando sin cesar por el encarcelado Pedro (v.5b).

Una sola vez más utiliza Lucas esta palabra por la intensa y apasionada oración: En la lucha de oración del Hijo de Dios en Getsemaní (Lc. 22:41-44).

En aquella noche la iglesia está orando porque se encuentra en mucha aflicción. No hay ninguna garantía que Dios sacara a Pedro de la cárcel como en aquel tiempo hace casi diez años atrás. No hay ninguna garantía que Jesús interviniera en esa noche y evitara que Pedro sufriera la misma suerte que Jacobo.

Pero seguro, la oración ya tenía efecto. Pedro podía dormir plácidamente. Él estaba amparado, cubierto por las oraciones de sus amigos en la fe.

¡Qué bueno es, si nosotros podemos comunicarnos con alguien diciéndole: “Tengo que ir al hospital mañana, la operación será complicada, por favor, ora por mí”. O: “De nuestro hijo llegó hoy una postal de Siria. Él escribe: *Estoy con muy buena gente. ¡No se preocupen!* Hace muy poco terminó la escuela secundaria y hace meses había desaparecido. ¿Cómo pudo llegar a los de IS? ¿Cómo es posible sacarlo de allí? Por favor, oren por nosotros”.

Hoy se habla mucho de las redes sociales. Grupos de personas se comunican en internet y comparten sus vivencias en “lugares” virtuales. Pero la oración de los creyentes es superior a estas redes usuales. Es una realidad única y singular. La oración entrelaza a unos con otros, da consuelo y esperanza; entrelaza a todo el mundo, está unido por medio del Espíritu Santo con el Dios del cielo y de la tierra. Nos apoyamos en Ro. 8:14-16.26-28.

*Las circunstancias descritas nos hacen pensar en una casa grande y amplia.

Día 9

Hch. 12:13-16; Ap. 3:20

¡El mundo anda al revés!

Cuando Pedro golpea a la puerta del patio, dentro de la casa todos se asustan. “¡Estos son del servicio secreto!” “¡Nos van a tomar presos!” “¡Callad! ¡Apagad las antorchas!” “Deberíamos averiguar quién es”. Posiblemente así opinaban unos y otros. ¡El mundo anda al revés!

La respuesta de sus oraciones está delante de la puerta, pero la iglesia no abre la puerta. De nuevo todo acontece distinto que lo esperado: Las puertas que tendrían que estar bien cerradas, se abrieron. Y las puertas que deberían estar abiertas, están cerradas.

¿Qué se interpuso? Se interpuso la propia imaginación, el temor y la falta de fe. Es cierto, en aquel tiempo, antes, habían experimentado que un ángel había liberado a Pedro (Hch. 5:19). Eso era en aquel entonces, ¿pero hoy? ¡Hoy sabemos mucho más! Antes éramos ingenuos, hoy sabemos lo que los brutales tiranos son capaces de hacer.

En aquel tiempo temblaba la tierra cuando orábamos (Hch. 4:31), hoy tiemblan nuestros corazones y nuestras rodillas. Sí, antes había un tiempo de avivamiento. Hombres y mujeres querían vivir de todo corazón con Dios. Hoy en muchas partes ya no se mueve nada.

En aquel tiempo miles de mujeres fueron llamadas por Dios al servicio como diaconisas, pero hoy ya no es así. ¡Sí, antes!, pero hoy los tiempos han cambiado. ¿Qué se ha interpuesto? ¿Será posible que Dios ya no llame ni comisione?

Una mujer resuelta decide abrir la puerta. Su nombre se nos declara: Rode, traducido sería “Rosa” o “Rosita”. En el transcurso de la historia leemos algo bien cómico. Rosa va al patio, pues escucha llamar a Pedro: “¡Ábrenme!” Asustada de gozo se da vuelta a la sala de oración gritando: “¡Pedro está delante de la puerta!”

Hoy deberíamos meditar: ¿Cuál puerta ya cerré del todo, la que debería estar abierta para Dios? ¿Para personas? ¿Para nuevas tareas? (Lea 1.Co. 16:9; 2.Co. 2:12.)

Día 10

Hch. 12:16.17; Fil. 4:12.13

Cambio de liderazgo en la noche

A Rode la declararon “loca”. Más ella no cambió su actitud. Después de un momento de confusión, varios del grupo de creyentes fueron a la puerta y al abrirla, casi se desmayan: Pedro en persona estaba delante de ellos.

Finalmente lo hacen entrar, por fin él puede hablar, por fin puede comentar la maravillosa liberación de su vida. Todo esto Dios lo había hecho. Probablemente ellos hubieran querido cantar el himno de agradecimiento de los redimidos: “ ... alaben la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres. Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro” (Sal. 107:13-16).

Pero no había tiempo. Ya se acercaba la mañana. Pronto Agripa I. se daría cuenta, lo que no quería saber. En seguida comenzaría una minuciosa búsqueda por Pedro, todas las calles y caminos de la ciudad se controlarían.

Antes que Pedro se fuera de ellos, les dice: “Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos”. Se refiere a Jacobo, el hermano carnal de Jesús. Desde que el Resucitado le apareció, él creía en Él (1.Co. 15:7). Entre tanto Jacobo ya era reconocido “columna” en la iglesia (Gá. 2:9). “Haced saber esto a Jacobo”. Con esto Pedro entrega sus tareas de liderazgo en Jerusalén a Jacobo. De que Pedro puede entregar sencillamente su posición de líder de la iglesia, señala su madurez espiritual (Fil. 3:12-14).

Él podría haber pretendido tener mucha importancia después de ese gran milagro. Sin embargo humildemente se va a otro lugar, así desaparece de los sucesos siguientes (lea Fil. 2:3.4). Solamente aparece su nombre una vez más en el llamado concilio de los apóstoles (Hch. 15:7). Pedro se va detrás del telón. Esto no es fácil para ninguno de los líderes. Una actitud así se tiene que pedir en oración y hay que vivirla en la práctica.

Dios sigue obrando aun sin Pedro. (comp. Jos. 1:1.2; 2.Ti. 4:1-8).

Día 11

Hch. 12:18.19; Sal. 14:1-6

Al amanecer

El día se aclara. Los soldados en la celda se despiertan de haber dormido muy bien. Pero, ¿dónde está el preso? “¡Escuchen compañeros!, ¿ya lo han buscado?” “¿Nosotros?” “Aquí no ha salido nadie”. Espantados y turbados se miran unos a otros, en toda la cárcel existe un clima de gran confusión. Nadie sabe nada. Nadie ha visto nada. Nadie puede explicarse como pudo haber desaparecido este hombre.

Al ser avisado Agripa I., este grita muy enojado: “¿Cómo pudo pasar esto?” Ellos buscan a Pedro, pero en vano. Por eso los guardas son ejecutados. Esto era una ley romana: Al que se le escapa un preso, sufrirá la sentencia del fugitivo. Por eso, más tarde, el carcelero de Filipo se quería matar (Hch. 16:27.28).

El suceso en seguida es conocido en toda la ciudad. Aunque secretamente muchos se gozan por el malogro de Agripa, se ríen y se burlan de él. Su fama ha sufrido mucha pérdida. Entonces un cambio de lugar sería de ayuda. En Cesarea, junto al Mar Mediterráneo el rey también tiene un hermoso palacio. Él se va hasta allí.

En ese momento, querido Agripa, hubiera sido mejor reflexionar sinceramente. Tú has sabido mucho acerca de Jesús y de los hechos de sus seguidores. Dios se opuso a tus planes en el camino, pero te cuesta mucho reconocerlo. En vez de esto decidiste: cambio de lugar y trabajo, un descanso, nadar en el mar, ofrecer sacrificios a los ídolos. Tú piensas: “Ya voy a salir con los planes de mi vida”.

¡Cuántas veces chocan los propios planes con los de Dios (Is. 55:6-8)! Ya en Hch. 9 vimos un choque parecido entre los planes de Saulo y los de Jesús. Solamente: Saulo soltó sus planes y obedeció a la voz del Señor. En cambio Agripa reprime lo que ha experimentado y lo que Dios quería decirle (comp. Sal. 119:118 con Sal. 51:10-12).

Día 12

Hch. 12:20-23; Sal. 1:4-6; Gá. 6:7.8

El último juicio

Agripa I. había preparado todo en Jerusalén para el día del gran juicio. Él quería juzgar a uno por el cual no era responsable. Pedro era propiedad del Dios de Israel, del Padre del Señor Jesucristo (comp. Col. 1:15-18; 2:9.10).

Lamentablemente Agripa no conocía aun la primera carta de Pedro. Ya el primer capítulo le hubiera informado ampliamente acerca del Señor de Pedro. Pero él, jamás se hubiera imaginado la posibilidad que en Israel hubiera alguien de mayor posición que él. Él era el rey.

En esa posición tenía que actuar también en Cesarea. Hace un tiempo se habían producido problemas con los ciudadanos fenicios de Tiro y de Sidón. Como castigo fueron sujetos a un embargo de suministro de alimentos, y esto ya había hecho su efecto. Ellos pidieron el levantamiento de las sanciones, pues urgentemente necesitaban granos, fruta y hortaliza de “su Galilea”.

El secretario del rey, Blasto, había preparado el contrato. Entonces el rey tenía una buena oportunidad de ocupar el escenario. Aprovechando el tiempo del festival en honor al César, Agripa quiso dar un discurso en el estadio. Vestido con su ropa esplendida apareció cierta mañana del año 44 d.C. ante el pueblo. Toda su persona reflejaba un gran resplandor. La multitud lo alababa gritando, declarándolo dios*.

Agripa estaba muy feliz, se sentía honrado y lisonjeado. Pero en ese momento cayó sobre él el juicio de Dios. Era su último juicio experimentado en la tierra. Era muy penoso. Aquel que no le importaba, lo juzgó a él.

“¿Quiero yo la muerte del impío? dice Jehová el Señor. ¿No vivirá, si se apartare de sus caminos?” (Ez. 18:23)

*Esa historia comenta también detalladamente el historiador Flavio Josefo. Esto es bueno, pues, entonces los críticos no la pueden catalogar como leyenda.

Día 13

Hch. 12:24.25

La última palabra

Nuestro capítulo comienza con un tremendo golpe, como una bomba. Aquel que demuestra su poder es el rey Agripa I. Pero vimos que su maquinaria de violencia y poderío empezaba a tambalear, porque Dios le puso freno.

Según la voluntad del rey, al final del capítulo, Pedro debería estar muerto. Sin embargo él vive y está en la mano de su Señor. En su lugar muere el poderoso Herodes Agripa I. una horrible y espantosa muerte. El neurótico César Caligula y el César Claudio le habían otorgado mucho poder político. Parecía que el rey de ese modo pudiera aplastar la recién nacida “iglesia de los cristianos”.

Pero la última palabra de esa historia de muchos cambios es la siguiente: “La palabra del Señor crecía y se multiplicaba” (v.24). La última palabra siempre la tiene Dios. “Yo soy el Alfa y el Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Ap. 1:8; comp. 20:11 al 21:4; 22:12-14).

Aunque no se vea así, y después de Agripa I. llega Agripa II., aunque todavía se venera a los césares como si fueran un dios, y caudillos se levantan queriendo construir un “milenio”: los Agripas de este mundo están bajo el poder de Dios (Col. 2:15).

El Dios viviente sigue formando su reino: Bernabé, su sobrino Juan Marcos (Col. 4:10) y Saulo regresan a Antioquía. Jesús tiene grandes propósitos con ellos. Sin embargo ellos aun no lo saben. En el momento en Antioquía hay mucho trabajo, entonces tener a un tercer hombre es una gran ayuda.

Quizás su madre también pensaba: Es bueno si el muchacho está un tiempo entre hombres. Una “escuela” bastante dura espera a ese joven. Pronto lo veremos.

Día 14

Mt. 7:7-11

Hombres, ¡orad a Dios!

La iglesia de Jesucristo no tiene poder político. Su única fuerza es la oración. Aunque en el transcurso de los tiempos se juntaron cierto poder y cierta riqueza en algunas instituciones religiosas, pero comparándolo con la oración personal y en conjunto con los creyentes, no significan nada. El grupo joven de creyentes que se juntó después de Pentecostés muchas veces fue muy sacudido y no estaba muy firme en sus formas externas. Su “marca” o su identificación era la Palabra de Dios y la predicación, la enseñanza de Jesús, la Santa Cena y la oración (Hch. 2:42).

La situación actual de los cristianos parece también muy frágil. Todo el mundo está cambiado e inestable, y tambalea de una crisis a otra. El llamado occidente *cristiano* ya no existe. El buen orden de la creación de Dios se ignora voluntariamente en muchísimos aspectos.

Por siglos para cada persona era muy claro, quien es hombre y quien es mujer. Hoy se nos quiere hacer reconocer que esto está muy equivocado. Aquel que dice algo en contra se lo hacen callar en seguida y es muy atacado. Podríamos enumerar muchos más aspectos que intentan destruir la moral en general y los valores cristianos en particular.

Justamente por eso la Palabra de Dios es tan importante y la debemos estudiar con diligencia. “Solo los hombres que oran pueden lograr que se detenga la espada sobre nuestras cabezas, y por su vida santificada frenar el juicio inminente sobre el mundo, para que muchos otros puedan salvarse”, dijo Reinhold Schneider en el año 1938, cuando el mundo también estaba frente al abismo.

Cuánto más oscuro e impío se vuelve el mundo, en el cual vivimos, tanto más se pretende una “vida santificada”. Ser “luz y sal” (Mt. 5:13-16), “iluminar como estrellas” en el cielo nocturno (Fil. 2:14-16) y “orar” como nunca antes (1.Ts. 5:17), éste es nuestro único, secreto y gran poder.